

CAPÍTULO 1

UN DESCUBRIMIENTO EN LA INDIA...

Lo que todo el mundo sabe

Mi primer auténtico trabajo fue como profesor de matemáticas en África. Recién salido de la universidad, un par de años después de la independencia de Zimbabue de Inglaterra en 1980, me dirigí a ayudar al «camarada» Robert Mugabe a construir su nueva sociedad socialista. Y ¿qué mejor forma de ayudar que a través de la educación pública?

En el transcurso de mi entrevista con el Ministro de Educación en la Alta Comisión de Zimbabue en Londres, solicité ser asignado a una escuela rural para que realmente pudiera ayudar a los pobres. El ministro sonrió, signo inequívoco de que comprendía mi motivación, pensé. Muy a mi pesar, fui a parar a la Queen Elizabeth High School [Escuela Superior Reina Isabel], un colegio para niñas, ubicado en el centro de Harare, la capital de Zimbabue. En sus comienzos, el Queen Elizabeth había sido una institución solo para la élite blanca, aunque cuando llegué ya contaba con una mezcla de razas («africana», «asiática» y «europea», como se las clasificaba).

«¡Este gobierno no le desperdiciaría en las áreas rurales!» rió la directora (blanca) a mi llegada, queriendo hacerme cumplidos por mi diploma en matemáticas. Me

explicó que muchas de las hijas de los políticos del partido en el poder, Zanu-PF, estaban matriculadas en su escuela y que ¡Por supuesto, en primer lugar se cuidarían de sí mismos! Eché a un lado su cinismo, achacándosele al racismo; y la incongruencia de mi nombramiento, a un error administrativo. También encontré mi nicho en la escuela; todos los niños, al parecer, confiaban en mí y así pude ayudarlos a llevarse mejor los unos con los otros. Aun así, pasaba tanto de mi tiempo libre en las «tierras comunales» del área rural como me era posible, viviendo de primera mano las realidades de la vida en estas comunidades. A lo largo del proceso, establecí vínculos entre una escuela pública rural empobrecida y la mía, llevando a mis privilegiadas alumnas de la ciudad a estas comunidades para que apreciaran todo lo que Mugabe hacía por el *povo* —la gente común.

Dos años más tarde, logré obtener un nombramiento en una escuela pública de las Tierras Altas Orientales. Viví y trabajé en una pequeña escuela asentada en el altiplano a los pies de las imponentemente hermosas Montañas Manyau, desde donde resuena el eco de los reclamos de los babuinos al caer la tarde y las voces y sonidos de las mujeres que regresan del río con sus baldes de agua sobre la cabeza; los leopardos, al parecer, todavía cazaban en las escarpadas faldas de la montaña. Defendí el régimen de Mugabe ante sus críticos, ya que por lo menos se ocupaba de llevar la educación a las masas, beneficiándolas de una forma que se les había negado antes de la independencia. No pasaría mucho tiempo, una vez que la población urbana adinerada cumpliera con el debido pago de sus impuestos y la comunidad internacional desembolsara una cantidad apropiada de ayuda, antes de que fuera posible brindar educación gratuita a todos, lo que sería digno de celebrarse.

Es de todos sabido que los pobres del mundo requieren urgentemente toda la ayuda posible si deseamos que cada uno de sus niños reciba una educación. La ayuda debe venir de sus gobiernos, que deben gastar miles de millones de dólares más en construir y equipar escuelas públicas, en preparar y apoyar a los maestros del sector público para que todos los niños puedan recibir una educación primaria gratuita. Pero los gobiernos de los países en vías de desarrollo no pueden lograrlo por sí solos. Como es sabido, ellos también necesitan ayuda. Hasta que los ricos gobiernos occidentales no gasten mucho más en ayuda, no podrá salvarse a todos los niños de la ignorancia y el analfabetismo. Ese es el mensaje que escuchamos a diario, desde las agencias de cooperación y nuestros gobiernos, hasta las estrellas del pop y otras celebridades.

De joven, creía en esta sabiduría aceptada, pero en el transcurso de los últimos años, he realizado un viaje que me ha hecho dudar de todo aquello que creía conocer. Es una travesía iniciada en los barrios pobres de Hyderabad, India, y que me ha llevado a los poblados devastados por la guerra en Somalilandia; a los barrios de chabolas construidos en pilotes sobre las lagunas de Lagos en Nigeria; de vuelta a la India, a barrios pobres y poblados a lo largo del país; a aldeas de pescadores a lo largo de la costa de Ghana; a las cabañas de chapa y cartón de los mayores barrios pobres de África en Kenia; a las remotas aldeas rurales en las provincias más pobres del Noroeste de China; y de vuelta a Zimbabue y a sus barrios pobres próximos a ser demolidos. Una travesía que ha abierto mis ojos.

Léase la literatura existente sobre desarrollo, óiganse los discursos de nuestros políticos, escúchese a nuestras estrellas del pop y actores, y en todo ello, los pobres

aparecen en su condición de desamparo. Desamparados, pacientemente, deberán esperar hasta que los gobiernos y las agencias internacionales que actúan en su nombre les proporcionen una educación adecuada. ¡De forma que necesitamos dar más! ¡Es urgente! ¡Acción y no palabras! fueron mi credo durante mis primeros años en Zimbabue. Pero mi viaje me hizo sospechar que por muy buenas que fuesen las intenciones, faltaba algo crucial. Lo que le faltaba a esta sabiduría aceptada era darse cuenta de lo que los pobres pueden hacer —y ya están haciendo— por sí mismos. Y esa travesía cambió mi vida.

Hoy en día algo asombroso está sucediendo en las naciones en desarrollo, algo que pone a la sabiduría aceptada del revés. Esto lo descubrí por primera vez en enero del año 2000.

Un descubrimiento en los barrios pobres de Hyderabad...

Después de un brevísimo período enseñando filosofía educativa en la Universidad del Cabo Occidental en Suráfrica, regresé a Inglaterra para terminar mi doctorado y luego convertirme en profesor de pedagogía. Gracias a mis experiencias en el África Subsahariana y mi modesta pero respetable reputación académica, la Corporación Financiera Internacional del Banco Mundial me ofreció un contrato para analizar escuelas privadas en una docena de países en vías de desarrollo.

El atractivo de lejanos parajes era difícil de resistir, pero pronto empezó a preocuparme la naturaleza del proyecto. A pesar de haberseme asignado el estudio de escuelas privadas en países en vías de desarrollo, esas

mismas escuelas servían a la clase media y a la élite. Muy a pesar de mi deseo de toda la vida de servir a los pobres, de alguna forma había terminado estudiando el bastión de la clase privilegiada.

La primera etapa del viaje comenzó en Nueva York en enero del año 2000. Como queriendo justificar mis temores de que el proyecto haría muy poco por los pobres, viajé a Londres en primera clase, en el exorbitante lujo del Concorde. A cuarenta minutos de vuelo, mientras viajábamos al doble de la velocidad del sonido y dos millas por encima del tráfico aéreo convencional, se sirvió champán y caviar. El boxeador Mike Tyson (sentado en la parte delantera con una toalla sobre su cabeza la mayor parte del trayecto) y el cantante George Michael, viajaban en el mismo vuelo. Me sentí perdido.

De Londres pasamos a Delhi, Chennai y Mumbai. De día evaluaba escuelas y colegios privados de cinco estrellas que eran, claramente, para los privilegiados. De noche me hospedaba en increíblemente salubres y atentos hoteles de cinco estrellas. Pero por las tardes, al sentarme a conversar con los niños de la calle al otro lado de las puertas de esos mismos hoteles, me preguntaba qué efecto podría tener mi labor en los pobres, cuyas imperiosas necesidades veía por doquier. Sencillamente no quería que mi trabajo fuese en defensa de los privilegiados. Los indios de clase media, me parecía, ya eran acaudalados. Todo me parecía una especie de estafa: tan solo porque estaban en un «país pobre» podían acaparar esta ayuda internacional incluso a pesar de que, como individuos, no tenían una imperiosa necesidad de ella. No me gustaba, pero al retornar a mi habitación y acostarme en sábanas de 500 hilos del más puro algodón egipcio, mi malestar con el sistema se veía forzado a competir con un creciente sentimiento de autocrítica.

Y así, un día, todo cambió. A mi llegada a Hyderabad para evaluar las recién inauguradas escuelas privadas que estarían a la vanguardia de la revolución tecnológica de la India, me enteré de que el 26 de enero era el Día de la República, una fiesta nacional. Con algo de tiempo libre a mi disposición, decidí montar en un autorickshaw —los taxis de tres ruedas, omnipresentes en la India—, desde mi encopetado hotel en Banjara Hills hacia el Charminar, el arco triunfal construido en el centro de la ciudad de Muhammad Quli Sha en 1591. Mi *Rough Guide to India* [Guía básica de la India] lo describía como una de las atracciones turísticas «de rigor» a la vez que advertía que está situada en el mismo corazón de los bulliciosos barrios pobres de la Ciudad Vieja, lo que me atraía. Quería ver los barrios pobres con mis propios ojos.

A lo largo del trayecto, pasando por los barrios de la clase media, me impactó la cuantiosa presencia de escuelas privadas. Sus letreros se encontraban en todas las esquinas, algunas construidas en edificios especialmente diseñados para este fin y otras majestuosamente colocadas sobre tiendas y oficinas. Por supuesto, no esperaba menos dadas las expectativas creadas durante mis reuniones en la India —altos funcionarios gubernamentales me habían impresionado con su franqueza al decirme que era de todos sabido que, incluso la clase media, enviaba a sus hijos a escuelas privadas. Todos lo hacían, y aun así no dejó de sorprenderme la confirmación de cuántas había.

Cruzamos el puente sobre la zanja pestilente que es ahora el en su tiempo orgulloso Río Musi. Aquí encontré autorickshaws en abundancia, carretas tiradas por bueyes deambulando lentamente con enormes cargas de heno, rickshaws trabajosamente pedaleados por hombres penosamente flacos. Había pocos coches, pero las

motocicletas y escúter («de dos ruedas») estaban por todos lados —algunas transportando familias enteras (el hijo mayor de pie en la parte delantera, el padre sentado sobre el manillar, la esposa, en su burka negro o colorido sari, sentada de lado y llevando en brazos un bebé y un niño apretujado en el medio). Había enormes camiones pintados en colores brillantes, autobuses desvencijados, ciclistas y, por donde mirase, peatones cuya valiente actitud con respecto al tráfico me enervaba, cuando aparecían ante nosotros, al parecer, sin la más mínima preocupación. De cada vehículo escapaba el estruendo de las bocinas —los conductores parecían ignorar la existencia de espejos retrovisores, si es que los tenían. En cambio, parecía ser responsabilidad del vehículo colocado detrás anunciar su presencia al de delante. Esta observación aparecía en la leyenda de la parte trasera de los camiones, autobuses y autorickshaws: «¡Por favor, toque la bocina!» El ruido de estas bocinas era insoportable: grandes, altas, ensordecedoras bocinas de autobuses y camiones, estruendosas cornetas de los autorickshaws. Es el ruido lo que siempre asociaré con la India.

Por todas partes a lo largo de las calles encontré pequeñas tiendas y talleres en edificaciones improvisadas —desde talleres de carrocería y reparaciones de autorickshaws, a mujeres lavando ropa junto a puestos de *paan* (tentempiés), hombres construyendo nuevas estructuras junto a los puestos de mercado, sastres junto a droguerías, carniceros y pasteleros, todo en cuchitriles sucios y oscuros; una nación de tenderos. Detrás de ellos se alza, con sus 400 años, el Charminar.

Mi chofer me dejó bajar y dijo que me esperaría una hora y luego me llamó a gritos, histérico, cuando me encaminé no hacia el Charminar, sino a las callejuelas que esconde. No, no, le aseguré, allí es donde quiero ir, a

los barrios pobres de la Ciudad Vieja, ya que lo sorprendente de mi travesía fue ver cómo las escuelas privadas no habían disminuido al pasar de una de las partes más elegantes de la ciudad a la más pobre. ¡En todas partes, entre las pequeñas tiendas y talleres, había pequeñas escuelas privadas! Podía ver letreros pintados a mano señalándolas incluso aquí, en las áreas limítrofes de los barrios pobres. Quedé boquiabierto, pero también confundido: ¿Por qué ninguna de las personas con las que trabajé en la India me había hablado de ello?

Dejé atrás a mi conductor y giré hacia una de las angostas calles laterales, recibiendo a mi paso miradas perplejas de los transeúntes cuando hice un alto, bajo un letrero de Escuela para Niñas Al Hasnath. Algunos jóvenes trabajaban en la verdulería adyacente al callejón que conducía al colegio; les pregunté si habría alguien en el colegio hoy y, por supuesto, la respuesta fue no, ya que era una fiesta nacional. Me indicaron un callejón justo enfrente, donde un letrero pintado a mano y suspendido de forma precaria sobre el primer piso del edificio de tres alturas anunciaba «Escuela e Instituto Superior Círculo Estudiantil: Aprobada por el Gobierno de AP [Andra Pradesh]» «Es posible que haya alguien hoy», sugirieron.

Subí los oscuros y estrechos peldaños que conducían hacia la parte trasera del edificio, donde me encontré con un vigilante, quien me dijo en inglés entrecortado que debía regresar al día siguiente. A mi salida, los jóvenes de la verdulería me hicieron señas y dijeron que indudablemente encontraría a alguien en la Royal Grammar School,¹ muy cercana al lugar, y que era una muy buena

¹ [N. del T]: Una **grammar school** es un centro de educación secundaria selectiva que proporciona formación especialmente

escuela privada y que debía visitarla. Me indicaron el camino y me despedí. Pero me perdí por la multiplicidad de posibles giros a la derecha en los callejones, seguidos de inmediatos giros a la izquierda, así que pedí ayuda a una pareja de ancianos obesos sentados delante de una carnicería.

Su tienda era una de las cosas más sucias que jamás haya visto, con entrañas y trozos de carne desparramados encima de una mesa mugrienta sobre la que pululaba literalmente una nube de moscas. El hedor era de espanto, y a nadie parecía molestarle lo más mínimo. Los ancianos entendieron inmediatamente hacia dónde quería dirigirme y llamaron a un niño, que iba en dirección contraria, para que me llevara a mi destino. El niño aceptó sin objeciones y caminamos a paso rápido y sin cruzar palabra, ya que no hablaba inglés. En la siguiente calle, un grupo de niños jugaba al críquet con piedras haciendo las veces de palos y una pelota de plástico. Uno de ellos me llamó para estrecharme la mano. Luego bajamos por otra callejuela (con más niños jugando al críquet entre casuchas improvisadas delante de cuyos portales vi hombres bañándose y mujeres lavándoles la ropa) y llegamos a la Royal Grammar School, que orgullosamente anunciaba «Inglés intermedio, aprobado por el Gobierno de AP». El propietario o «corresponsal» como pronto me enteré que se llamaban en Hyderabad, estaba en su minúscula oficina. Me dispensó una entusiasta bienvenida. Gracias a ese encuentro casual, conocí al gentil y reposadamente carismático señor Fazalur Rahman Khurram y la gran red de colegios privados de los barrios pobres y de baja renta de la Ciudad

dirigida a los alumnos que vayan a continuar hasta una formación universitaria.

Vieja. Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más me daba cuenta de que mi cualificación en educación privada tendría, después de todo, algo que decir con respecto a mi preocupación por los pobres.

Khurram era el presidente de una asociación específicamente creada para atender a los colegios privados para pobres, la Federación de Administración de Escuelas Privadas, que se jactaba de contar con más de 500 escuelas, todas al servicio de familias de bajos ingresos. Una vez que corrió la noticia de que un visitante extranjero estaba interesado en ver las escuelas privadas, Khurram fue inundado por una lluvia de peticiones requiriendo mi visita. Pasé tanto tiempo como me fue posible, a lo largo de los siguientes diez días, aproximadamente, con Khurram, viajando a lo largo y ancho de la Ciudad Vieja mientras continuaba con mis labores en la Corporación Financiera Internacional en la ciudad nueva. Visitamos cerca de 50 escuelas privadas en algunas de las zonas más pobres de la ciudad, conduciendo hasta el cansancio por las estrechas calles rumbo a las escuelas cuyos propietarios estaban, aparentemente, ansiosos por conocerme. (Nuestro coche de alquiler era un gran *Ambassador* blanco —el vehículo indio creado al estilo de los viejos Morris Minor británicos, orgulosamente utilizados por funcionarios gubernamentales en los tiempos en que una bandera de la India ondeando sobre el capot significaba la importancia de su usuario—, con la bocina sonando incesantemente, tanto para anunciar la importancia de sus ocupantes como para espantar del camino a niños y animales). Al parecer había un escuela privada en casi cada esquina, tantas como en las zonas opulentas de la ciudad. Visité muchas, siendo recibido en los estrechos portales por tantos estudiantes, quienes me hacían marchar hacia diminutos patios de recreo

batiendo sus tambores; para sentarme delante de la escuela, donde me daban la bienvenida durante ceremonias oficiadas por los estudiantes graduandos, mientras que los administradores de la escuela me enguinaldaban con flores, pesadas, urticantes y pegajosas alrededor de mi cuello bajo el caliente sol, flores que portaba estoicamente mientras hacía ronda por las salas.

Tantas escuelas privadas, algunas con nombres hermosos como Escuela Secundaria El Ruiseñor, en honor a Sarogini Naidu, un famoso «guerrero de la libertad» de los años cuarenta, a quien Nehru llamaba «pequeño ruiseñor» por sus tiernas canciones inglesas. O Firdaus Flowers Convent School, que quiere decir «flores del cielo.» La palabra «convento» del nombre me intrigó al principio, al igual que otros muchos nombres como Santa María y San Juan. Se me hacía extraño, ya que estas escuelas eran obviamente regentadas por musulmanes —es más, por un momento albergué la ilusión de que estos santos y monjas debían pertenecer también a la tradición islámica. Pero no, los nombres eran escogidos por las connotaciones que de ellos podían percibir los padres —los viejos colegios católicos y anglicanos aún eran vistos en la ciudad como excelentes escuelas, así que echaban mano de los nombres religiosos para transmitir a los padres un sentido de calidad. ¿Pero brindaban realmente una educación de calidad? Tenía que averiguarlo.

Una de las primeras escuelas a las que me llevó Khurram fue la Escuela Secundaria de la Paz, administrada por Mohammed Wajid, de 27 años. Como otras tantas que habría de visitar, la escuela ocupaba una antigua residencia familiar frente al bazar Edi, la principal y muy concurrida y estrecha avenida que se extiende detrás del Charminar. Un llamativo letrero anunciaba el nombre de la escuela. A través de un angosto portón de metal,

entré en un pequeño patio donde Wajid había acomodado unos cuantos columpios y toboganes para los niños. Junto a la pared del fondo, había jaulillas con unos cuantos conejos, como mascotas que los niños pudiesen cuidar. La oficina de Wajid estaba a un costado, las habitaciones de la familia, al otro. Subimos las oscuras, angostas y sucias escaleras que conducían a las aulas. También eran oscuras, sin puertas, inundadas por el ruido de la calle que se filtraba por los barrotes sin cristales que hacían las veces de ventanas. Al parecer, los niños estaban encantados de ver a un extranjero y se levantaron para saludarme. Las paredes estaban pintadas de blanco pero descoloridas por la contaminación y el calor, además del deterioro por el uso debido a los niños. Desde la azotea de su edificio, Wajid señaló en dirección a las otras cinco escuelas privadas, todas ansiosas de servir a los estudiantes, de su propia comunidad.

Wajid se mostraba sencillo pero claramente dedicado y protector de sus niños. Me contó que su madre fundó el Colegio Secundario de la Paz en 1973 con el fin de proveer a los niños de un «oasis de paz en los barrios pobres». Wajid, su hijo menor, empezó a enseñar en la escuela en 1988, cuando aún era también estudiante de décimo grado en otra escuela privada de la vecindad. Una vez obtuvo su licenciatura en comercio en una universidad local y habiendo empezado a formarse como contable, su madre le pidió que se encargara de la escuela en 1998, cuando pensó que tenía que retirarse del servicio activo. Le pidió que tuviese en cuenta a «los menos afortunados» de los barrios pobres y que su mayor ambición debería ser ayudarles, como convenía a su fe musulmana. Esto, al parecer, fue un duro golpe a sus ambiciones: sus hermanos mayores habían seguido todos sus carreras y algunos vivían actualmente en el extranjero,

en Dubai, Londres y París, trabajando en la orfebrería. Pero Wajid se sintió obligado a cumplir los deseos de su madre y así empezó a administrar la escuela. Seguía soltero, me dijo, porque quería mejorar su escuela; solo cuando sus perspectivas económicas fuesen más claras, podría casarse.

La escuela se denominaba escuela secundaria, pero, al igual que otras que llevan este nombre, abarcaba desde el jardín de infancia hasta el décimo grado. Cuando le conocí, Wajid tenía bajo su tutela a 285 niños y 13 maestros, y también enseñaba matemáticas a los niños mayores. Sus tarifas oscilaban entre 60 y 100 rupias mensuales (1,33 a 2,22 dólares al cambio de aquél entonces), dependiendo del grado de escolaridad del alumno, siendo el menor para el jardín de infancia, e incrementándose al avanzar los estudiantes en su vida escolar. Estas tarifas eran asequibles para los padres, me explicó, quienes en su mayoría eran jornaleros y conductores de rickshaw, mercaderes y mecánicos —que quizá ganaban un dólar diario. Los padres, me dijo, tenían en gran estima la educación y ahorrarían hasta el último céntimo para asegurar que sus hijos tuviesen la mejor educación que su dinero pudiese comprar.

Durante mi segunda visita, llegué al colegio de Wajid justo a tiempo para asistir a la asamblea matutina de las 8:50. La actividad era llevada en su totalidad por los niños, especialmente las niñas mayores. Wajid me dijo que la experiencia era importante para asegurar que aprendieran valores como la responsabilidad, además de habilidades organizativas y de comunicación desde temprana edad. La asamblea se inició con unos quince minutos de gimnasia a ritmo de tambores tocados por los chicos mayores. Luego se leían anuncios y noticias escogidas de los diarios —elegidas por los estudiantes de nivel superior

por su temática de interés para el resto del alumnado. Luego venía una oración y algunas canciones —unas religiosas y otras patrióticas— cantadas por algunos estudiantes o por toda la escuela. A continuación, tres niños de cada clase eran escogidos al azar para que contaran algo que hubiesen aprendido durante la semana, sirviéndose de un micrófono para dirigirse a los congregados. La mayor parte, a pesar de ser tan jóvenes, parecían diestros en esta forma de oratoria pública. La asamblea culminaba con una canción y una oración; finalmente los niños desfilaban frente a niños y niñas seleccionados de entre los grados superiores, quienes revisaban sus uniformes y apariencia general.

La madre de Wajid había establecido claramente que la escuela debía servir a la comunidad, motivada por su devoción a los pobres. Y cuando empecé a visitar los colegios privados, supuse que todos tenían que funcionar siguiendo una política caritativa, porque si no, ¿cómo podrían sobrevivir estas escuelas cobrando tan poco? Esto me pareció sensato y congruente con mi paradigma de aquel entonces de cómo los pobres podrían obtener una educación privada. Pero la realidad resultó ser mucho más interesante. Mientras iba de un colegio a otro, iba anotando los detalles en mi cuaderno acerca del número de niños, cuotas escolares, número de maestros y sus salarios. De vuelta a la habitación de mi hotel, hice unos cálculos rápidos y de pronto me di cuenta de que gestionar estas escuelas tenía que ser lucrativo —a veces muy lucrativo— y otras veces las ganancias igualaban a las pérdidas. Se lo mencioné a Khurram y me dijo que el beneficio no era lo que les preocupaba, pero que, ciertamente, se consideraban como empresarios y también como servidores de los pobres: lo que, evidentemente, podría explicar por qué había tantas escuelas

privadas —debido a que es más fácil conseguir inversiones para los negocios que para la filantropía.

Un ejemplo típico de escuela claramente concebida con fines de lucro era la Escuela Secundaria de San Maaz, ubicada cerca de una prisión estatal. (Un día, mientras pasaba frente a la prisión, uno de los guardias me hizo pasar y me dio una gira completa; iba acompañado por una gran comitiva de propietarios de escuelas que iban conmigo a todas partes durante mi visita. Estoy convencido de que los guardias no nos contaron al entrar, así que desconozco si fuimos los únicos en salir). San Maaz era gestionada por el señor Sajid, o «Sajid-Sir», como era llamado por todos. Sajid-Sir estaba al final de los cuarenta y claramente le apasionaba enseñar e inspirar a los demás. Enseñar, me dijo, le mantenía joven y era su afición tanto como su sustento; para él, me dijo, la enseñanza y la actuación eran muy similares. Su objetivo era inspirar devoción a la materia que enseñaba: matemáticas. Salpicaba sus conversaciones con alusiones matemáticas mientras interactuaba con sus pupilos y sus padres en Urdu, durante un evento organizado con motivo de mi visita; tenía a la multitud partida de risa, pendiente de cada una de sus palabras. Dijo a la multitud: «El triángulo tiene tres vértices, padres, maestros y estudiantes y este triángulo no debe ser escaleno; no, debe ser equilátero, ¿correcto?» Todos asentimos. «Por supuesto», agregó.

Sajid-Sir se inició en la docencia al principio de la veintena e inspirado, me contó, en la forma en que enseñó a su hermano menor los principios de la mecánica demostrándoselos en una vieja bicicleta (su hermano es ahora ingeniero mecánico). Al principio, en sus inicios, tal como me lo contó, era «maestro de puerta a puerta», viajaba en bicicleta para enseñar las seis materias

obligatorias a domicilio por una suma nominal. Después de trabajar así durante tres años, fundó una pequeña escuela en 1982, con quince estudiantes sentados en el piso de una diminuta habitación de su casa de alquiler. De allí pasó, en los siguientes diecinueve años, a una matrícula de casi 1.000 estudiantes cuando le conocí, distribuidos en tres locales de alquiler —uno para pre-escolar y escuela primaria, y los otros dos para las secciones de niños y niñas de nivel secundario. Los varones estaban hacinados en sucios edificios, en la periferia de un salón de bodas (cuando el salón no estaba siendo utilizado de otra forma, la escuela podía usarlo para sus asambleas y otros eventos). El área de las niñas estaba ubicada en un edificio de tres pisos, más atractivo, aunque no menos hacinado, a media milla de distancia. Pero Sajid-Sir acababa de comprar un nuevo local no muy lejos de allí, con sus ahorros, me dijo orgulloso, para desarrollar una escuela unificada. Y fue exactamente lo que hizo durante los años siguientes: mejoró sus instalaciones.

Pocos de los maestros de la escuela de Sajid contaban con la certificación de cualificación del Estado. Lo mismo era cierto para la mayoría de las escuelas privadas de las áreas pobres que visité; es más, al principio era un verdadero misterio el por qué alguien querría enseñar en colegios privados, ya que los salarios eran claramente más bajos que los de las escuelas públicas —quizás eran solo un 20 ó 25 por ciento de lo que ofrecían las públicas. Entonces, ¿por qué elegirían los maestros enseñar en colegios privados cuando podían obtener salarios mucho más altos en otro sitio? La respuesta era sencilla: no conseguían trabajo en las escuelas públicas. A veces, estos trabajos eran otorgados como una forma de patronazgo político, me contaron. Ya que la gente común no podía obtenerlos, optaban por enseñar en colegios

privados; pero es muy probable que la razón principal fuese la falta de credenciales docentes oficiales. Muchos maestros en escuelas privadas tenían diplomas universitarios; algunos tenían incluso cualificaciones más altas, tales como un máster en matemáticas o ciencias, pero estas credenciales no les cualificarían para la docencia en colegios públicos, ya que necesitarían un certificado gubernamental de docencia. Los propietarios de escuelas privadas desdeñaban tales certificaciones: «La cualificación docente del gobierno» me indicó Khurram, «es como aprender a nadar sin siquiera acercarse a la piscina;... nuestros maestros, sin cualificación, aprenden a enseñar en la charca».

Para Sajid, aprender a nadar significaba capacitar él mismo a sus maestros. Me contó que entrenó personalmente a sus nuevos maestros, en lo que, debido al fuerte ruido del tráfico que se oía en su oficina, entendí que describía como el método «Barba». Más tarde caí en la cuenta de que se refería al método docente «BEd»-Bachiller en Educación. Una lección debe constar de cinco partes, me dijo: Una introducción, donde el tema a explorar se presenta dentro del contexto del conocimiento que ya tienen los estudiantes; la enunciación del tema; presentación; recapitulación y evaluación (usualmente por los deberes). Antes de permitirle a un nuevo maestro enseñar en su escuela, el maestro debía observar cómo lo hacía Sajid; luego, Sajid observaba las primeras lecciones del nuevo maestro, tomaba notas detalladas y cuestionaba sus lecciones en puntos concretos.

Observé muchas lecciones de los maestros que él había entrenado. Una mujer joven, que contaba con un máster en química inorgánica, vestida con un pálido burka sin velo, enseñaba acerca de la obtención de sal y agua del ácido clorhídrico. En el colegio, jamás me gustó la

química: si ella me hubiese enseñado, pienso que hubiese llegado a amar la materia. Era muy clara, vivaz, animada y se hacía con toda la clase a lo largo de la lección. Nada había de rebuscado en su método; toda la lección fluía con facilidad. Enseñaba sin apuntes y parecía dominar totalmente la materia. Al final, resumió la lección, manejando con pericia a los alumnos de forma que todos parecían haberla entendido y asignó una tarea de tres partes. Al finalizar, Sajid se puso de pie y tocó su cabeza inclinada. Con lágrimas en los ojos le dijo «Gracias, maravilloso».

No todos los maestros eran tan jóvenes. Las escuelas también contaban con maestros mayores, muy mayores. Uno de ellos era el señor George Anthony, que enseñaba inglés en la Escuela Secundaria Amanecer, propiedad de Khurram. Anthony era un maravilloso, animado y cortés caballero indio de 91 años que tenía cabello, cejas, bigote y patillas teñidos de negro azabache. Hacía años que estaba jubilado de su trabajo oficial, se dedicaba por entero a la docencia, «a transmitir lo más alto que ha sido pensado y dicho a las mentes jóvenes», me dijo, razón por la que completaba su jubilación con la enseñanza; lo hacía con pasión, y una pasión por el racionalismo y progreso, junto con un respeto por la tradición («nosotros, los de la vieja escuela, preferimos los nombres antiguos», dijo acerca del cambio de los nombres de las ciudades Bombay a Mumbai y de Madrás a Chennai).

Conocí a George Anthony durante una gira a la Escuela Secundaria Amanecer, donde enseñaba a varones graduandos el *Knowledge and Wisdom* [Conocimiento y Sabiduría] de Bertrand Russell. Justo después los niños de mayor edad fueron llamados a asistir a un acto especial para darme la bienvenida y George, dando un discurso muy conmovedor, que claramente inspiraba a los

niños, acerca del valor de la disciplina y autosuperación, les habló de la importancia de la puntualidad y de cómo, a través de la búsqueda de su autorrealización, equilibrada con el deber hacia los demás, podrían hacer de la India un gran país.

De vuelta en la oficina de Khurrum, nos sentamos a tomar el té justo cuando se fue la electricidad en la Ciudad Vieja. En la opaca luz del atardecer, Khurrum le mostró a George un manual publicado en la revista *Selecciones del Reader's Digest*, titulado algo así como *Everything you need to know about almost everything* [Todo lo que usted necesita saber acerca de casi todo]. «Nos han traído este libro», dijo Khurrum; «Oooh», dijo admirado George, mientras hojeaba sus páginas, «publican libros excelentes». El estado de la portada levantó mis sospechas; lo hojeé y descubrí que la fecha de publicación era 1986. Fue un momento muy especial.

Otro de los viejos maestros era el señor Mushtaq, director de la Scholars Model School. La Scholars estaba localizada en un sendero muy estrecho, justo frente a la Government Boys Primary and Boys High School. En el mismo sendero pude ver otras tres escuelas privadas. ¿Y cómo es la escuela pública? pregunté inocentemente. El Sr. Mushtaq se rió: «es una escuela del gobierno» dijo simple y llanamente, como si no necesitase ninguna otra descripción o explicación. Mushtaq era otro refinado caballero de buena educación, de 66 años de edad, que hablaba con calma pasión de su amor por la literatura inglesa. Había enseñado en un instituto durante treinta y seis años y me dijo que seguía enseñando para «mantener mi mente activa y para seguir retribuyendo a mi pueblo, ahora enseño en los grados superiores». Me habló de los autores que le gusta enseñar, desde Shakespeare y Milton a Charles Dickens, y de su poeta favorito,

Robert Frost. «¿Sabía usted que Robert Frost fue poeta laureado durante la administración del Presidente J.F. Kennedy?» me preguntó. No tenía idea. Continuó: «“No soy maestro, sino el que llama a despertar”, así es como Robert Frost se describía a sí mismo. Si logro despertar el amor por la literatura en mis niños, entonces ¿qué más podría querer?» A continuación declamó en su totalidad su poema favorito, en voz baja y con la mayor reverencia: «Un alto en los bosques en una noche nevada»:

Pienso que sé de quién son los bosques.
Pero su casa está en la aldea;
No ha de verme si me paro aquí
A contemplar sus bosques nevados.
A mi caballo parecerá extraño
Detenernos sin ver ninguna granja
Entre los bosques y el lago congelado
En la noche más oscura del año.
Hace tintinear las campanillas de su arnés
Preguntando si me he equivocado.
Solo se oye el silbar del viento
Y el manso caer de los copos.
¡Qué bellos, oscuros y profundos son los bosques!
Pero tengo que cumplir mis promesas,
Y recorrer millas antes de dormir,
Y recorrer millas antes de dormir.

Cuando terminó, los dueños de los otros colegios que me habían acompañado en mi visita mostraron su aprecio en la atestada, sofocante y estruendosa oficina sumergida en lo más profundo del palpitante corazón de los barrios pobres de la Ciudad Vieja. El señor Mushtaq explicó la metáfora subyacente, que «el sueño, en el poema, es la muerte, y existe un personaje implícito que es una carroza fúnebre— “... Da a los cascabeles de su arnés

una sacudida”». «Me encantaría ver nieve algún día», dijo serenamente.

Estos maestros me parecieron muy buenos. Pero, ¿cómo se comparaban estos maestros con salarios bajos y escasa cualificación con sus homólogos cualificados y bien pagados de las escuelas públicas? ¿Qué logros alcanzarían los niños bajo su tutela? Durante mis giras por los colegios, caí en la cuenta de que habría algo que tendría que averiguar. ¿Y a cuántos niños atendían? me pregunté. ¿Qué porcentaje de familias pobres recurrían a la educación privada en la Ciudad Vieja? Obviamente, las estadísticas oficiales no servirían de mucho, ya que muchos niños estaban inscritos en escuelas «no reconocidas», cuyo funcionamiento se desarrolla fuera del radar estatal. Khurrum estimaba que la cifra podía ser tan alta como un 80% en algunas áreas. Nuevamente, tendría que averiguarlo.

Claramente, Sajid y los administradores de los colegios eran, al igual que él, empresarios. Pero no se parecían, ni remotamente, al estereotipo «empresarios que desvalijan a los pobres» como alguien del Banco Mundial opinó cuando le conté mi «descubrimiento» a mi vuelta a Delhi. Me parecía muy injusto caracterizar de esta forma a los propietarios con los que había entrado en contacto a lo largo de mi investigación. Por el contrario, parecían entregados a los niños a su cargo, no escatimando esfuerzos para ayudar a mejorar la calidad de la educación ofrecida. En mi primera reunión con Sajid, me invitó, junto con otros administradores de escuelas privadas, a su oficina para que viésemos algunos de los «audiolibros» y juegos que había adquirido recientemente con cierto gasto. Los otros propietarios estaban fascinados y comentaban las muchas formas en que los equipos ayudarían en el proceso de aprendizaje de los

niños. Y el primer fin de semana de mi visita, fui invitado de honor en la inauguración de una feria científica de dos días en la Escuela Secundaria M.A. Ideal, ubicada en los barrios pobres que existen detrás de la calle principal de Kishanbagh.

La escuela M.A. Ideal, así llamada en honor a Mohammed Anwar, su fundador, fue creada en 1987, cuando Anwar contaba con tan solo 23 años y enseñaba a cerca de 40 niños sentados en colchonetas por la suma de 10 rupias (aproximadamente 60 centavos, al cambio actual) mensuales y en dos habitaciones alquiladas. Cuando la visité, la escuela tenía alrededor de 400 estudiantes (más de la mitad niñas) en sus propios edificios. Para la feria científica, todo el colegio fue convertido en algo similar a un bazar, con todos los estudiantes, individualmente o en parejas, contribuyendo con una exhibición diseñada por ellos mismos, asistidos por los maestros cuando era necesario, con las que ilustraban algún tema científico. Las exhibiciones incluían la disección de una rana (al principio, para mi consternación) viva; un modelo en funcionamiento de la mayor presa hidroeléctrica de Andhra Pradesh; una demostración de cómo velas puestas en tarros de vidrio de diferentes tamaños arden a ritmos diferentes; otra exhibición demostraba cómo el agua es succionada en diferentes tarros cuando se consumen las velas y el por qué; otra demostraba las temperaturas de ebullición del agua; y otra lo que sucede cuando se quema magnesio (junto con fórmulas de las transformaciones químicas). Los pequeños exhibían las diferentes clasificaciones de verduras y frutas, breves descripciones de las diferencias entre la vida urbana y la rural, o modelos de los sistemas respiratorio y nervioso, todos realizados en poliestireno. Durante todo el fin de semana, los vecinos del barrio y miembros de la

Federación de Administración de Colegios Privados vinieron a ver las exhibiciones e hicieron preguntas a los estudiantes.

El fin de semana siguiente realizaron una ciber-olimpiada de dos días de duración, en la que participaron aproximadamente una docena de escuelas de la Federación. La primera jornada se dedicó a los deportes. En el tosco patio del colegio, las niñas jugaron a un juego muy tranquilo llamado *Kho-Kho*, y hubo una competición de salto a la comba en la calle adyacente al colegio. Los chicos jugaron un juego algo rudo, *kabbadi*, cuyo objetivo principal es agarrar a los oponentes derribándolos, conteniendo la respiración y pronunciando la frase «*kabbadi, kabbadi, kabbadi...*» para probar que de verdad se estaba conteniendo la respiración; si paras, sales del juego. Las jovencitas musulmanas, con sus cabezas cubiertas, observaban a los chicos y gritaban emocionadas en apoyo a sus favoritos. Luego hubo carreras, los niños levantando el polvo de las calles con sus pies descalzos, el policía invitado tocando su silbato para marcar la salida. El segundo día de las ciber-olimpiadas se dedicó al canto, dibujo, redacción de ensayos y competiciones de conocimientos generales. Sajid fue uno de los jueces de la competición de canto, granjeándose la simpatía de los estudiantes allí congregados con su inspirada interpretación de diversas canciones en Urdu, incluyendo una conmovedora versión de «We Shall Overcome» [Venceremos].

Ver a los propietarios de colegios renunciar a su fin de semana era un indicio de su compromiso con los niños bajo su tutela. Y también descubrí algo extraordinario: en la New St. María High School, conocí a la maravillosa corresponsal María, cuya hermana gemela dirigía una escuela privada no muy lejos de allí. Me contó que su escuela fue construida sobre un «lamento», mientras

señalaba una foto colocada sobre su escritorio de una niña dos años, «mi hija murió,» me dijo «y tuve que sufrir una operación, de forma que ya no podía tener más hijos, así que decidí abrir un colegio, para entregarme a los niños de todas partes». «Ahora tienes 700 hijos», le dije; «sí, 700 hijos, y he concedido 130 becas, llamadas como mi hija; y cada año en su cumpleaños, otorgo estas becas».

La generosidad de María para con los más pobres de entre los pobres resultó no ser tan inusual. Para aquellos huérfanos o hijos de familias numerosas, los empresarios del sector educativo generalmente les conceden enseñanza gratuita o subvencionada. ¿Qué clase de niños reciben asistencia? En mis giras por la Ciudad Vieja, escuché algunas de sus historias:

Saba Tabasum, de nueve años de edad, y sus dos hermanas recibían enseñanza gratuita en la Master Mind Private School. Su padre, que había llegado hasta la enseñanza primaria, actualmente estaba postrado en cama por un accidente laboral. Su madre, que era analfabeta, trabajaba como asistente en las casas del vecindario para ganar el sustento de su familia. Las tres hermanas y sus padres sobrevivían gracias a los ingresos de la madre, aproximadamente 200 rupias (4,44 dólares) semanales. Con este dinero, la madre intentaba educar a sus tres hijas, hacer frente a los gastos del hogar y pagar los gastos médicos de su esposo. Saba se aplicaba en sus estudios, era una de las mejores estudiantes de su escuela y deseaba convertirse en maestra.

La Peace High School le dio a Shakera Khan, de cinco años, y a sus tres hermanas una subvención del 40%. Su padre, que era analfabeto, trabajaba en una zapatería, donde ganaba un salario diario de hasta 100 rupias (2,22\$); sin embargo, si no vendía ningún par de zapatos,

regresaba a casa con las manos vacías. Su madre era también analfabeta, pero trataba de contribuir trabajando como jornalera por 25 a 30 rupias (56 a 66 centavos) diarias.

Farath Sultana, de diez años, también asistía a la Peace High School. Su padre trabajaba como limpiador en una mezquita y ganaba un salario mensual de 700 rupias (15,55\$) que, admitía, no eran suficientes para alimentar a los cuatro miembros de su familia. La familia no pagaba alquiler, ya que vivían con parientes que les ayudaban a salir a flote cada mes dándoles comida. Tanto la madre como el padre eran analfabetos, pero deseaban que sus hijos tuviesen una educación. La Peace High School proporcionaba a Farath y a su hermano de seis años enseñanza gratuita debido a su crítica situación financiera.

Al parecer, estos colegios privados a la vez que operan como negocios, también hacían contribuciones filantrópicas a sus comunidades. Los propietarios eran muy explícitos en cuanto a esto. Ciertamente, eran empresarios, pero también deseaban ser percibidos como «trabajadores sociales» que aportan algo a sus comunidades. Además de exitosos, querían ser respetados. Una de las principales motivaciones —y muchos de los propietarios tienen historias similares— era su estatus social. Me dijo Khurram: «Ambiciono tener una escuela, brindar conocimiento y construir buen carácter, buenos ciudadanos, gente buena. Como líderes de escuelas, tenemos estatus, la gente nos respeta y nos respetamos a nosotros mismos».

Pero el misterio central era por qué los padres mandaban a sus hijos a estas escuelas. Porque, sin importar cuán bajas fueran sus tarifas, las escuelas públicas eran gratuitas; en las escuelas públicas los estudiantes reciben uniformes, arroz en el almuerzo y libros, sin costo

alguno. Y a pesar de cuánto disfrutaba de mis visitas a las escuelas privadas y de ser testigo de la dedicación de sus administradores, el estado de sus edificios me preocupaba. Estaban hacinadas, muchas sucias, a menudo malolientes, usualmente oscuras y siempre de alguna manera improvisadas. Una de ellas, incluso, se encontraba en una granja avícola transformada de la zona pobre. O sea, ¿por qué los padres preferían pagar para enviar a sus hijos a escuelas en semejante estado? Los dueños de las escuelas me dijeron que las públicas sencillamente no daban la talla. Los maestros no iban, y si lo hacían, rara vez enseñaban. Me hablaron de escuelas públicas de la Ciudad Vieja que se estaban quedando sin estudiantes, a pesar de que sus maestros aún devengaban altos salarios. Una escuela pública de los alrededores parecía contar con 37 maestros y tan solo 36 alumnos. Otras escuelas tenían más niños, pero seguía siendo cierta la misma historia de la falta de enseñanza.

Pero, por supuesto, existía la posibilidad de que los propietarios de las escuelas privadas fuesen parciales. Quería conocer la opinión de los padres. En la New Hope School, en un edificio angosto de dos pisos, con tres aulas en la parte superior y un salón principal en la inferior, conversé con nueve madres de familia, todas ataviadas con sus burkas de color negro. También se presentaron tres padres, quienes tomaron asiento a buena distancia de las madres, en el extremo opuesto del salón. Les pregunté sobre las escuelas públicas. Todos se mostraron desdeñosos. Los maestros celebran fiestas en las escuelas, dijeron, o enseñan solo una materia de seis y tratan a los niños como huérfanos. No cabía duda de que querían a sus hijos lejos de las escuelas públicas.

En la Peace High School, un gran grupo de padres vino a conversar conmigo al final de la jornada escolar,

congregándose bajo un colorido toldo que Wajid improvisó para guarecernos del sol. En su mayoría, madres musulmanas, vestidas todas de negro, algunas con velo, otras de medio-velo, otras sin él, intercaladas con unas cuantas madres hindúes o cristianas ataviadas con sus brillantes saris. Las madres hablaban sin tapujos. Una dijo que no, de ninguna manera enviaría a sus hijos a una escuela pública. ¿Pero no están los maestros bien cualificados?, pregunté. Sí, podrían estarlo; serán muy buenos estudiando, pero no enseñando, «hasta golpean de mala manera a los niños, los tratan como esclavos,» dijo otra de las madres.

Una vez más, estos padres podrían ser parciales —después de todo, habían contraído un compromiso financiero al enviar a sus hijos a una escuela privada, es muy posible que sientan la necesidad de defender esa decisión. Tendría que ir a una escuela pública y comprobarlo por mí mismo. Khurram accedió a llevarme y parecía llevarse sorprendentemente bien con el subencargado educativo del distrito, quien nos acompañó. El edificio parecía estar en buenas condiciones, al menos la fachada —mucho, mucho mejor, en contraste con el hacinamiento de las escuelas privadas. Se trataba de una estructura bien distribuida, de tres pisos, con un patio de buen tamaño y un prominente letrero y cómodas y espaciosas oficinas para el director. Arriba, la primera aula que visitamos contaba con 130 estudiantes apiñados, sentados en el piso. Ni sillas ni pupitres a la vista ni ahí ni en ninguna otra parte. Los otros maestros se han ausentado hoy, me dijo entre disculpas el director, «así que estamos dándoles clases a todos juntos». «Se ausentarán todos los días» dijo el subencargado de educación, el primero de muchos comentarios que me sorprendió escuchar de boca de un representante gubernamental —si es que

sorprenderse es el verbo correcto—, el tono desenfadado y la sinceridad al referirse a los fallos del sistema del que eran responsables. Encontramos dos clases más, con igual cantidad de niños, mientras las otras aulas estaban vacías. ¿Sería ésta la razón por la que los padres preferían las escuelas privadas? ¿Realmente eran mejores, me preguntaba, o se equivocaban los padres?

Finalmente, supe de las frustraciones de los propietarios con las regulaciones gubernamentales. Al principio, quedé perplejo al escuchar cuán a menudo los inspectores del gobierno visitaban sus escuelas —quizá de tres a cinco veces al año— mostrando una sorprendente dedicación a la calidad y los estándares, pensé. A continuación, Khurram me llevó aparte y me dijo que no venían a inspeccionar, sino solo a que los «hiciesen felices». Era lo suficientemente inocente en aquel entonces como para espantarme, hasta que otros me dijeron lo mismo una vez entrado en su círculo de confianza y entendí que el soborno de los oficiales gubernamentales era una triste, pero necesaria forma de vida en su comunidad. Muy pronto, me acostumbré a la existencia del soborno —«pagos no oficiales» como se le designa en la meticulosa contabilidad de Sajid-Sir. Sencillamente hay demasiadas regulaciones con las que cumplir—. «¿Cómo voy a tener un patio de recreo de 1.000 metros cuadrados?», dijo Wajid, de la Peace High School, señalando hacia la calle abarrotada de gente donde se encuentra su escuela. Detallándome sus problemas con los inspectores gubernamentales, y su deseo de reconocimiento oficial, me dijo algo que jamás olvidaré: «A veces el gobierno es el obstáculo para el pueblo». Así que recurrían al soborno para mantenerse registrados o para evitar que los inspectores cerraran el colegio. Esto estaba en áspero contraste con la forma en que respondieron

los administradores de los colegios elitistas que investigaba simultáneamente para la Corporación Financiera Internacional, cuando les pregunté sobre las dificultades con las regulaciones y los inspectores: «¿regulaciones?», decían despreocupadamente, «Oh, si alguien se cruza en mi camino, levanto el teléfono y llamo a al M.P.», es decir, al ministro principal.

Me di cuenta de que algo sorprendente sucedía en los callejones de Hyderabad. Al parecer mi experiencia en docencia privada podría tener, después de todo, alguna importancia en mi ansia por ayudar a los pobres. ¿Ciertamente, esto que sucedía tendría implicaciones en la forma en que percibimos la educación en los países en vías de desarrollo? ¿El que tantos padres de familia optaran por enviar a sus hijos a escuelas privadas porque su percepción de las públicas era tan mala, sería un descubrimiento de gran interés para los expertos en desarrollo? Estaba a punto de estrellarme contra la dura realidad.